



¿De un síntoma a la escritura?

En un libro de Siri Hustvedt, "La mujer temblorosa o la historia de mis nervios", encuentro el siguiente relato de una experiencia personal de la autora de profunda afectación.

Luego del fallecimiento de su padre:

.. "Dos años y medio después volví a hablar de mi padre en público. Fue en mi ciudad natal, allá en Minnessota, bajo un cielo azul en el campus de la Universidad de Sr. Olaf, justo detrás del departamento de filología Noruega donde él había sido profesor durante casi cuarenta años. Como homenaje, el departamento había plantado un abeto con una pequeña placa a sus pies que decía Lloyd Husdtvedt (1922-2004). Mientras redactaba aquel texto, tuve la clara sensación de estar oyendo la voz de mi padre, quien solía escribir unos discursos excelentes y muy divertidos. Así que intenté reflejar ese humor tan suyo en alguna de mis frases. Incluso llegué a escribir;..."Si mi padre estuviera hoy aquí habría dicho..." Segura de mí misma y provista de fichas llenas de anotaciones, miré al público, compuesto por unos cincuenta amigos y colegas suyos que se habían reunido alrededor del abeto noruego conmemorativo, lancé mi primera frase y, a continuación, empecé a temblar descontroladamente de la cabeza a los pies. Mis brazos se agitaban de forma desmedida. Mis rodillas chocaban una contra otra. Temblaba como si fuera presa de un ataque epiléptico. Lo increíble, era que no me afectaba la voz en absoluto. Hablaba como si siguiera impertérrita. Estupefacta ante lo que me estaba sucediendo y aterrada ante la posibilidad de caer redonda en cualquier momento, logré mantener la calma y terminar el discurso, a pesar de que las notas que sostenía entre mis manos se desperdigaran sin orden ni concierto delante de mí. El temblor cesó en cuanto dejé de hablar. Me miré las piernas, las tenía rojas, casi moradas".

Filóloga, poetisa y novelista estadounidense, la autora también lleva adelante una labor en talleres de escritura con pacientes psiquiátricos en Hospital.

Comienza describiendo sus "temblores", que posteriormente, y a medida que va hablando en su libro, puede situar, se producen "en todo el cuerpo por debajo del cuello". Cuenta las diversas situaciones en las que se presentaron estos episodios. En una oportunidad, le aconteció que le sobrevengan bajo la mirada de su esposo y de cientos de personas. Alguien que la vio en ese momento le dijo que "parecía que había un médico y un paciente debatiéndose dentro de su cuerpo".

Un psiquiatra diagnosticó "Ataque de pánico", otro profesional consultado

adjudicó el nombre de "Epilepsia del lóbulo temporal", aunque los estudios de resonancia arrojaron luego resultados "normales". También le llamaron "Trastorno de identidad disociativo" a lo que le sucedía.. *¿Quién es dueño de uno mismo? ¿Es el yo? ¿Qué es la subjetividad?, ¿Somos dos o uno? se pregunta en su escritura.*

¿Es posible separar la enfermedad de la historia de quien la padece? Hace una lectura crítica del DSM (*"que no contiene relatos de pacientes reales, ni siquiera ficticios"*), cuyos códigos diagnósticos constituyen descripciones que no aportan ninguna posibilidad de entender las causas. Realiza un recorrido por distintas posibilidades diagnósticas aportadas por la psiquiatría, la neurología, Freud, algunos filósofos e intenta encontrar una explicación desde allí relacionando con aspectos que ella percibe en sí misma. Su posición es de una búsqueda personal, a lo largo de la cual sostiene una pregunta, por aquello que le acontece.

Se pregunta si su "ataque" sería "histórico", recorre algunos casos situados por Charcot buscando similitudes. Refiere *"no haber llorado tanto la muerte de su padre". Y muchos meses con posterioridad a su muerte continuaba soñando que seguía vivo".* Habla de la *belle indifférence*, y se pregunta si no se habrá operado en ella una 'escisión' *¿una personalidad temblorosa y otra indiferente?*

"Lo que sentía era miedo." ¿Y si los temblores seguían sucediéndole? Cualquier circunstancia asociada a una aparición en público (lo que era frecuente en su vida) comenzó a producirle cada vez más inquietud.

Sitúa que su dificultad no radica en hablar en público, su discurso era fluído. *"Mi madre comentó que parecía que me estaban electrocutando. Era como si una fuerza ignota se hubiera apoderado de mi cuerpo de repente y hubiese decidido que necesitaba una buena sacudida "*

Reconduce estas vivencias a un accidente; también recuerda haber padecido migrañas desde su infancia, y una gran "hipersensibilidad" por lo que sentía las cosas que le ocurrían a los demás casi como si le acontecieran a ella.

Continúan sus consultas psicológicas y médicas-neurológicas a medida que avanza en su escritura. Lúcidamente expresa que la farmacología podría inhibir el problema pero no lo resolvía, no le aclaraba qué le había sucedido.

Acude a su memoria el recuerdo de su padre "temblando de pies a cabeza" al escuchar un himno religioso que le recordaba momentos vivenciados, cuando estuvo en la Segunda Guerra Mundial.

¿No tendrán que ver los temblores con el hecho de que en aquel momento yo ocupara el lugar de mi padre, literalmente de pie sobre el territorio que le pertenecía? Continúa preguntándose. Pero dicho temblor se ponía en marcha *"ante el acto de hablar"*. Expresa, en su escritura, recuerdos, y aparece en determinado momento un sueño, cuyas asociaciones revisa, a lo cual le atribuye *"un antes y un después"*.

"De niña solía dibujar sin parar, necesidad que luego más adelante cambiaría

por la escritura", expresa.

Finalmente, con ayuda de la escritura, ¿se podría pensar que logra un saber hacer con este síntoma? O ¿el síntoma continúa incorporado en el yo? Leo hacia el final de dicho texto : *¿qué es el yo? ¿es ilusorio? "ya no soy capaz de distinguir donde acaba la enfermedad y donde empiezo yo; o mejor dicho: yo soy mis dolores de cabeza... yo soy la mujer temblorosa".*

El material aquí presentado me convoca a pensar, algunas presentaciones actuales, del orden de la angustia, de los fenómenos en el cuerpo, del miedo, problemáticas del duelo.

Es de vital importancia el encuentro con un analista, y la apertura a un trabajo de análisis, operando desde los recursos simbólicos con los que cuente quien nos consulta.

Con Lacan, leemos que en la angustia "falta de la falta". La angustia dice también, 'no engaña', y que nos señala que estamos frente al Deseo del Otro.

Las modalidades posibles de intervención desde nuestro Psicoanálisis, en una perspectiva desde Freud y Lacan, da importancia a la angustia y al síntoma. En las antípodas de la modalidad de vivir en la sociedad americana, y diferente de la terapéutica de la ego-psychology (la cual orienta los tratamientos bajo la propuesta adaptacionista de un yo síntesis, "autónomo" y "libre de conflictos").

La angustia, ubicada entre goce y deseo, viene también a indicarnos, a señalar el deseo. Sería necesario en una cura, para encaminarse en las vías del deseo, de un acto que "arranque a la angustia su certeza".

Desde nuestra posición, el acto analítico produce un movimiento de la angustia en el análisis. Se trata del abordaje de aquello que produce padecimiento y de una búsqueda de la singularidad en cada sujeto, entendiendo al sujeto como efecto discursivo, en tanto el Inconsciente está estructurado como un lenguaje.

La propuesta clínica es hacerle lugar a la palabra y que se empiece a construir o reconstituir el "marco fantasmático" para poner en marcha el deseo. De la angustia desbordada al llanto de un duelo que no se habría realizado, y desde allí a posibles nuevas escrituras y ligazones.

Teresa Rosa Bozich
Miembro de Causa Psicoanalítica en General Roca